

Hades

Elvis Conti



# Capítulo 1

Un sonido breve, seco y sonoro fue el inicio.

Como diapasón, corrió tan veloz que alcanzó los límites de su continente, repercutiendo tantas veces que su eco y los ecos de los ecos que le precedieron se multiplicaron de tal forma que lo forzaron a permanecer. Y así fue, hasta que su resonancia empezó a ceder confrontándose con un hondo y avasallante silencio, que estaba sentenciado desde un principio a prevalecer.

Además de ese imperio silente, está la negritud absoluta. Junto a la ausencia de luz y de sonido, sólo un único recuerdo parece existir, el último suspiro. Pero nada se puede deducir de él, una pereza domina mi mente que ya no produce nada. Únicamente sé que son el silencio, la obscuridad y el recuerdo de ese suspiro que fue el último, y que por él me escurrí como una bocanada de vapor.

En un apartado meandro de la nada mi rastro se desvanece como moronas que flotan en un campo yermo y plomo, mientras largas sombras se ciernen sobre una tímida luz en el horizonte que también se extingue. No tengo manos ni ojos, frente a mí el vacío y atrás lo que fue. Ya nada pertenece, los recuerdos no lo son pues poco o nada dicen. Una multitud de rostros marchan silenciosos hacia el olvido, algunos pocos quieren decirme algo, pero todo queda en una mueca horrible y sin sentido, y las miradas se giran cuando un helado cierzo cruza brutal por mi centro y me levanta violentamente como si fuera un grano de polen en alguna de aquellas primaveras que ya nada me importan. Los recuerdos sólo son imágenes difusas que pasan como ráfagas. Pero nada podré hacer ya por mi irrefrenable urgencia por recordar.

Una fuerza me arrastra velozmente en espirales que se van cerrando hacia su eje, y conforme se acercan sus revoluciones son cada vez más vertiginosas y evocan el infinito en su incesante aproximación al centro. Pero no importa que tan próximo aparente estar, no lo tocarán jamás. Esa conclusión dolorosa provoca en Mi una insondable soledad que lo empieza a envolver todo.

No sé si pasó tan sólo un segundo o un siglo, el tiempo y la distancia resultan ya incomprensibles, de nada me sirven, ya nada me importan, sólo sé que ya no estoy donde una vez estuve.

Súbitamente el silencio se rompe por gemidos, gritos y llantos desgarradores... que van de uno a un millón, y luego de un millón de millones multiplicados por un millón de millones, y es cuando me ha dado

cuenta que ya llegué y que jamás me iré.

Pronto, a ese ruido infernal se suma un nuevo alarido... es el mío, que ya nunca callaré...